

ocultó que Italia no estaba todavía debidamente preparada para ser independiente y que la Iglesia necesitaba, enfrente de la ambición y codicia de los marqueses, un protector en cuyo propio interés estuviese el robustecer y enriquecer al arzobispo de Milan. En el poder, en las riquezas y en la independencia política y religiosa de su arzobispado pensaba Ariberto fundar la base de la futura independencia de Italia, cuya nación no necesitaria entonces el apoyo de Alemania, ni de Francia, ni de Borgoña. No sin razón, pues, cuando Guillermo de Aquitania se presentó en el país, en 1025, le pidieron los marqueses que destituyera inmediatamente á los obispos hostiles al movimiento nacional y nombrara en su lugar á personas de toda confianza. El duque se negó á ello: indudablemente le faltaban los medios de dar este golpe de Estado, además de que procediendo de aquel modo habría puesto en campaña aquellas fuerzas, ante las cuales hubiera tenido que sucumbir la monarquía de su hijo. Las esperanzas que se cifraban en Odo de Champaña, que precisamente entonces acababa de sufrir grandes derrotas, quedaron defraudadas, lo propio que las concebidas respecto de Roberto de Francia, el cual, después de la muerte de su primogénito, vió surgir en el seno de su propia familia grandes disidencias por causa de la sucesión. Los rebeldes lorenenses se sometieron también á Conrado II, y Guillermo de Aquitania, completamente descorazonado, abandonó la empresa comenzada y regresó á su patria á fines del año 1025.

Conrado II encontró, pues, á sus adversarios sin jefe reconocido, cuando procedente de Bremen llegó á Italia, en la primavera del año 1026, después de haberse puesto en Hamburgo al frente de su ejército. Allí firmaron el duque Ernesto y sus cómplices suabos la paz con el rey, el cual conociendo suficientemente la mala fe de su hijastro, no le perdonó sino después de pasado mucho tiempo y ante las vehementes súplicas de Gisela, con la condición, sin embargo, de que había de acompañarle á Italia, pues de lo contrario siempre le quedaba el temor de que estallaran nuevos desórdenes á sus espaldas. Hasta qué punto se había robustecido la situación del rey nos lo demuestra la sumisión con que los príncipes se apresuraron á satisfacer sus deseos proclamando ya para el caso de fallecer Conrado á su hijo Enrique, que solo contaba nueve años; de suerte que sin un verdadero acto electoral se reconocía en la casa sálica un derecho hereditario á la corona alemana. Conrado, después de haber pasado por Verona y Bérgamo, llegó sin obstáculo á Milan, en cuya catedral fué coronado rey de Italia por Ariberto á fines de marzo del año 1026. Hízose la coronación en aquella ciudad porque Pavia, que era la verdaderamente destinada á ello, persistía en su rebelión. Después Conrado se dirigió por Cremona y Piacenza hacia el Este y siguiendo la costa llegó, á fines de junio, á Rávena, donde le sucedió lo mismo que á Enrique II había acontecido en Pavia: la población cerró las puertas y se echó sobre las tropas que con el rey habían entrado en la ciudad; pero rechazado sangrientamente por estas el ataque, los habitantes á la mañana siguiente imploraron humildemente perdón, para evitar el severo castigo que les amenazaba. En la marcha que hizo después Conrado hasta Pescara, en la desembocadura del Atera (1), comprendió los peligros que llevaba consigo una empresa militar durante aquella estación calurosa; así es que resolvió volver atrás y esperar en las mas frescas comarcas septentrionales de los Alpes á que terminara el verano. En setiembre emprendió de nuevo la marcha, dirigiéndose hacia el Oeste y apoderándose de Ivrea, con lo cual no solo redujo á sumisión al marqués de Turin sino que obligó á Rodolfo III de Borgoña, que se

(1) Véase Bresslau, obra citada, I, págs. 131 y 453.

veía amenazado por la espalda, á aceptar proposiciones de paz. Después de haber recibido algunos refuerzos de Alemania emprendió, durante la primavera del año 1027, la marcha sobre Roma. Entonces, no solo Pavia firmó la paz con él, sino que también se le sometieron los Otbertines y Aledramidas, que de este modo conservaron sus dominios y sus derechos. También Rainero de Tuscia se rindió, después de una corta resistencia, consiguiendo el perdón del monarca. Conrado llegó á Roma el día 21 de marzo sin haber encontrado á su paso obstáculo alguno. El domingo de Pascua, que era el día 26 de marzo, recibió de manos del papa Juan XIX, el antiguo conde Romano de Túsculo, la corona imperial, con el ceremonial de costumbre (2). Inmediatamente después, comenzaron las fiestas con la entrada del que había de ser coronado: el pueblo salió á recibirle hasta el prado neroniano, junto al monte Mario, la gente del pueblo con ramos verdes y los empleados y hombres ilustres con banderas y cruces en las manos; los griegos y los judíos formaban grupos separados. El rey, que montaba un caballo blanco, fué acompañado hasta la ciudad entre alegres cánticos, y en un alto que hizo en el camino prestó á los romanos el acostumbrado juramento relativo á los derechos de la ciudad. Al llegar á las puertas de Roma descendió del caballo y la comitiva volvió á ponerse en orden. Delante iban una cruz y una lanza, luego seguía el clero, después el rey y finalmente los magnates laicos. En el acto de la coronación de Conrado abrian la marcha dos reyes, Rodolfo III de Borgoña, que había ido á Roma para asistir á la ceremonia, y el célebre príncipe del Norte, Canuto de Dinamarca, soberano de Inglaterra y de Noruega, que estaba en Roma como peregrino. La comitiva se dirigió á San Pedro y durante el camino la gente del rey arrojaba dinero á la plebe. En el pórtico estaba sentado en un trono de oro el papa, rodeado del clero romano. Al subir las escaleras, el rey fué besado por el pontífice y luego conducido al vestíbulo hasta la puerta de plata, en donde prestó el juramento como protector y defensor de la Iglesia y del papa. Después que este le hubo declarado digno de la corona y besado por segunda vez, los obispos de Albano y de Porto rezaron dos oraciones, mientras él se arrodillaba ante la tumba de San Pedro y oraba en silencio. La comitiva se dirigió luego de nuevo al altar de San Pedro, donde se procedió á la coronación, después de la cual se celebró una misa solemne. Si comparamos la coronación de Conrado II con la del último emperador, veremos que fué un acto exclusivamente político, en el cual faltaban las elevadas ideas eclesiásticas y místicas de que estuvieron poseídos el último que había ceñido la corona imperial y los que le habían coronado. Estas especulaciones estaban muy lejos del ánimo del guerrero Conrado, hombre eminentemente práctico y prosaico, y el mismo papa Juan XIX distaba mucho de ser lo que habían sido Gregorio V, Silvestre II y el mismo Benedicto VIII. El imperio, que desde la época de Oton III había vivido en medio de un fantástico idealismo político-eclesiástico, volvía al terreno de la realidad y regulaba sus derechos y su misión por el estado real de las cosas y por las necesidades que de su situación se derivaban. A pesar de esto, no puede decirse que Conrado II se mostrara hostil á los representantes de las tendencias religiosas que hasta entonces habían dominado, antes al contrario les dejó hacer mientras sus trabajos, á los cuales permanecía enteramente ajeno, no fueron obstáculo á los suyos, pues por naturaleza tomaba por norma de los acontecimientos su propia ventaja y dejaba que se movieran todas las fuerzas en cuanto favoreciesen sus intereses, mientras él permanecía

(2) Véase el *Ordo Romanus*, edición Waitz, en las memorias de la Sociedad de ciencias de Gotinga, 1873, pág. 62.

siempre independiente y sin entusiasmo ni elevación alguna de miras, teniendo constantemente puestos los ojos en la realidad y procurando sacar de ella el mejor partido posible. Odilon, abad de Clugny, formaba parte del séquito de Conrado, pero no desempeñaba papel alguno de importancia y los cluniacenses no ejercieron ya influencia alguna política. Juan XIX profesaba respecto de las cosas eclesiásticas ideas muy parecidas á las de Conrado: ambos miraban, en la dirección del imperio y de la Iglesia, tan solo al interés de su familia y procuraban siempre obtener para esta las mayores ventajas; retroceso natural respecto del tiempo pasado, en que la política se inspiraba en puntos de vista eclesiásticos y en ideas religiosas.

En el mes de mayo del año 1027, Conrado había ya pasado los Alpes de regreso á su patria. Después que Juan XIX hubo puesto en orden los asuntos de la Iglesia por medio de un concilio reunido en Letran, el emperador marchó hacia el Sur, á la Baja Italia, en donde tiempo hacia que había sido destruido el orden de cosas establecido por Enrique II. Los griegos habían reconquistado en parte su antigua posición, disminuyendo, por lo tanto, el peligro que de parte de los árabes amenazaba; las luchas que estos habían sostenido contra los señores de los principados lombardos habían sido causa de variaciones en la posesión de los territorios, variaciones que Conrado no tenía interés en destruir, ni para ello contaba con fuerzas suficientes. Por esto se contentó con que los señores de Cápua, Benevento y Salerno reconocieran su soberanía, y después de haber sancionado, á su vez, el estado de cosas allí existente, se apresuró á dirigirse al Norte, pasando por Roma y por Tuscia. Los enemigos que ya en otro tiempo se habían levantado en armas aprovecharon su ausencia para promover un nuevo levantamiento: estos enemigos eran Conrado el joven, que estaba aliado con la oposición lorenesa, y no quería prescindir de sus derechos sobre la Borgoña; Ernesto de Suabia, que había regresado de Italia antes que el emperador, y Welfo II de Ravensburgo, que estaba en lucha con el obispo Bruno de Augsburgo, sucesor de Burkhardo y profesor del joven rey Enrique, lucha que asoló terriblemente la Suabia y la Baviera. El duque Ernesto, que tomaba consejo del conde Werner de Kiburgo, atacó en Alsacia á los partidarios del emperador y saqueó los territorios de las abadías de Reichenau y Saint-Gall. Por molesto que fuese este obstáculo que á la paz se oponía, no constituía un peligro serio para la soberanía de Conrado, pues no tenía mucha importancia política. Los rebeldes, al tener noticia del regreso del emperador, depusieron inmediatamente las armas, y Conrado, cuando á principios de junio pisó el suelo alemán, pudo decretar desde luego castigos, mientras los magnates bávaros y suabos rivalizaban en lealtad y en deseos de combatir. Los cómplices de Ernesto se apresuraron á ir á Ulm para implorar gracia. Cuando el duque reunió á sus feudatarios para dirigirse contra Conrado, dos condes declararon rotundamente que no debían servir obediencia á sus mandatos, sino que como hombres libres honraban en el emperador al defensor de su libertad y no podían abandonarle sin causar la pérdida de esta; que tenían en mas la fidelidad hacia el imperio y el emperador que los deberes á que estaban obligados hacia sus señores feudales, los cuales, á su vez, estaban también ligados con el imperio, y que la lealtad á los señores debida no podía ser nunca causa de deslealtad hacia el rey, por ser esto contrario al derecho y al honor. De esta suerte abandonado, Ernesto se sometió también en Ulm incondicionalmente, y fué desposeído de su ducado y encerrado, como prisionero de Estado, en la fortaleza de Giebichenstein, junto á Halle. Únicamente algunos de sus partidarios, que no podían esperar gracia, persistieron

en la resistencia, especialmente el conde Werner de Kiburgo, íntimo del duque de Suabia y, al decir de Conrado, el que le incitaba, el cual se defendió con tenacidad y pudo escapar felizmente cuando cayó su castillo. También Conrado de Worms se sometió y pagó su rebeldía con la pérdida de sus feudos, con la destrucción de las fortificaciones de sus castillos y con la prisión temporal. Sin embargo, por intercesión de su hermano Bruno, que pertenecía al estado eclesiástico, gozaba de gran favor en el ánimo del emperador y había sido nombrado primero canciller de Italia y luego obispo de Toul, fué al poco tiempo perdonado.

La situación de la monarquía sálica era, después de tan continuados triunfos, tan sólida como brillante. Rodolfo III de Borgoña renunció entonces á toda tentativa de rebelión, y durante el otoño del año 1027 quedaron zanjadas todas las diferencias entre él y Conrado II en la entrevista personal que, por mediación de Gisela, tuvieron ambos. En Basilea recibió Rodolfo de Conrado el reino de Borgoña, mediante el juramento de que á su muerte lo devolvería al emperador ó á su hijo, en caso de morir antes Conrado. Véase cómo la designación de Enrique por sucesor hecha en 1026 fué equiparada á una elección formal. Esto no obstante, Conrado no renunció á ella, así es que durante la Pascua del año 1028 fué aquel niño de diez años elegido emperador por los magnates laicos y eclesiásticos, y ungido y coronado por Pelegrin de Colonia, precedente que dió para lo sucesivo á los arzobispos de Colonia el privilegio de coronar de nuevo al rey. La alegría y el júbilo se habían apoderado de la clase alta y de la baja: recordando los peligros que habían ofrecido los dos últimos cambios ocurridos en el trono, aquel orden de cosas así establecido fué saludado como garantía de la continuación del régimen felizmente introducido por la nueva dinastía, que había dado así un paso importantísimo en la senda del imperio hereditario. Entonces pareció que había llegado el momento de echar un velo de olvido sobre las faltas de los tiempos pasados y de reconciliarse por completo con los antiguos enemigos que todavía se mantenían encolerizados y retraídos, y entonces fué, probablemente, cuando se puso en libertad á Ernesto de Suabia, restituyéndole su ducado; por lo menos se sabe que como duque tomó parte en la campaña que Conrado hizo, en 1028, en Sajonia para proteger las fronteras orientales contra los ataques de Polonia, cuyo rey Miecislao reanudaba cada vez con mayor energía la política hostil á Alemania seguida por su padre Boleslao. Conrado II no consiguió restablecer allí el orden: en 1029 tuvo que luchar todavía en Lusacia contra los polacos que, en 1030, asolaron las comarcas fronterizas de Sajonia.

Las relaciones de Ernesto de Suabia continuaron siendo ambiguas y peligrosas, lo cual fué motivo de gran disgusto para el rey, tan enérgico, claro y por naturaleza tan enemigo de toda contradicción, tanto mas cuanto que la mas pequeña indulgencia podía llegar á ser en extremo peligrosa. En efecto, á pesar del perdón que se le había concedido, la conducta del duque de Suabia era tan ambigua como antes: su amigo Werner de Kiburgo, conde de Thurgau, persistía en su rebelión. Según parece, subsistía aun la alianza entre él y Ernesto, y el desterrado conde continuaba ejerciendo sobre el ánimo del duque la influencia de siempre, que naturalmente no era favorable á una noble reconciliación con el padastro. Esta situación era necesario que terminase, pues no se podía consentir por honra de la monarquía que uno de los principales funcionarios del imperio é individuo de la familia real estuviese en relaciones con un perturbador de la paz pública, que vivía en el destierro y le alentaba incesantemente en su ilegal conducta. Conrado II concluyó con semejante estado de cosas de una manera muy particular,

procurando evitar con exquisito tacto que tal cuestion perturbara la paz de su familia. En una dieta celebrada el día de Pascua del año 1030 en Ingelheim, puso á Ernesto en la alternativa de romper toda alianza con el conde, dando al propio tiempo una garantía de su lealtad y encargándose de hacer cumplir el destierro contra el conde dictado, ó de sufrir todas las duras consecuencias de una parcialidad en favor del rebelde. El odio contra el padrastró habia echado hondas raíces en el ánimo del jóven y abogado en su alma todos sus pensamientos políticos y sus naturales sentimientos; Ernesto de Suabia se negó á romper sus relaciones con su amigo, y nadie pudo ya censurar á Conrado si no retardó por mas tiempo la suerte que Ernesto, segun parece, por su propia voluntad se habia atraído. Como protector de un desterrado, fué Ernesto condenado á destierro por los príncipes reunidos; como reo de alta traicion, fué desposeido de su ducado; sus bienes y los de sus compañeros quedaron confiscados, y la Iglesia le arrojó de su seno. Ernesto salió de la corte con el corazón lleno de sombría arrogancia. La emperatriz, por mucha aficcion que el suceso le causara, nada podia hacer ya por su hijo, que presa de insensata obcecacion y como á sabiendas corria á su perdicion sin querer que nadie le diera consejo ni ayuda. La emperatriz, resuelta á que la justicia siguiera su curso, declaró expresamente que no queria encolerizar á aquellos que, apoyados en el derecho, habian dictado contra su hijo la severa sentencia, y pidió y obtuvo de su imperial esposo el ducado de Suabia para el segundo hijo de su primer matrimonio, el adolescente Hermann. Su primogénito sucumbió al destino que él mismo se habia buscado. Todos sus pensamientos y todos sus deseos tendian á tomar venganza de su padrastró; así es que incesantemente se agitaba procurando conquistarse aliados para la lucha contra él; pero sus excitaciones no encontraron eco en ninguna parte, ni en Francia, donde estuvo con el conde Werner, ni en Borgoña, donde vió rechazada su solicitud por el jefe del partido nacional, Odo de Champaña, que veia tambien en él un pretendiente á la corona borgoñona; de esta suerte hizo aquel jóven de todo punto imposible su regreso y destruyó toda posibilidad de perdon. No faltan indicios que hacen suponer que el emperador observaba con satisfaccion estos hechos, y hasta parece que acontecian conforme á sus deseos: esta sospecha nace de unas duras palabras, impregnadas de cierto placer cruel, que pronunció cuando se hubo consumado la triste suerte de su hijastro. Ernesto regresó á Suabia sin haber podido encontrar apoyo alguno y sin esperanza de encontrarlo en lo porvenir: no era de esperar que hallara allí un partido, no le quedaba mas remedio que morir; así es que buscó la muerte en una vida salvaje de lucha y de robo á la que se entregó con los pocos amigos que le permanecieron fieles en los desfiladeros de la Selva Negra. Últimamente residió en el castillo de Falkenstein, probablemente en el valle de Höllen, y en una correría que desde allí emprendió fué sorprendido y muerto en desesperada lucha por las tropas del emperador (17 de agosto de 1030), que cada vez le iban cercando mas. Su cadáver fué sepultado en Santa María de Constanza, despues que se hubo levantado la excomunion que sobre él pesaba.

«Los perros acostumbrados á morder, raras veces tienen cachorros,» tales fueron las palabras que, segun relacion fidedigna, pronunció Conrado al tener noticia de la muerte del hijastro. La pasion suicida de aquel alucinado jóven que tanto le odiaba no encontró disculpa en su duro corazón, ni en su fria inteligencia. El pueblo interpretó, sin embargo, de otra manera estos sucesos; pues no se le ocultaba la parte trágica que habia presidido al destino del noble jóven, dota-

do de relevantes cualidades y llamado á grandes cosas; y aun cuando no discutia el derecho del rey, que arrancaba de una dura necesidad, admiró el sacrificio á que, segun creencia popular, habia conducido á Ernesto su lealtad hácia un amigo. La culpabilidad de Ernesto de Suabia aparecia, pues, un tanto disculpada y la fantasía del pueblo la adornó con todos los rasgos que ofrecian los sucesos análogos ocurridos en anteriores tiempos. De esta suerte, confundióse en su imaginacion Ernesto de Suabia con Ludolfo, hijo de Oton I, y ambas personas y su suerte fueron celebradas en unas mismas poéticas narraciones. Despues, cuando en tiempo de las Cruzadas, el conocimiento del Oriente, de las aventuras y de las luchas religiosas ofreció una brillante perspectiva y facilitó la asimilacion de los ideales de una y otra época de excitacion profunda, la imaginacion popular resucitó la memoria del amigo hasta la muerte fiel á Werner de Kiburgo é hizo irradiar sobre él la luz del romanticismo.

La monarquía de Conrado, libre de todos los obstáculos interiores, adquirió rápido y brillante desarrollo. La campaña emprendida por el emperador, en el verano del año 1030, contra Esteban de Hungría, fracasó á consecuencia de los inconvenientes del terreno y de las dificultades del mantenimiento del ejército, y las comarcas fronterizas en litigio quedaron por la Hungría; pero el mal resultado de esta campaña tuvo suficiente compensacion en las ventajas sobre Polonia conseguidas. El príncipe de Bezbriem, que habia reñido con su hermano el rey Miecislao, se refugió al lado del emperador, el cual despues de una feliz campaña, sostenida en 1031, reconquistó por fin las marcas arrebatadas, tanto tiempo hacia, al imperio, uniendo la Baja Lusacia con la marca oriental sajona y la Alta Lusacia con la Turingia y la Misnia. Las continuas luchas por la posesion del trono fueron causa de que la Polonia quedara nuevamente sometida á la soberanía alemana. El rey Miecislao, expulsado por Bezbriem, presentóse en la corte de Conrado y fué entronizado segunda vez en Polonia á la muerte de su hermano, á cambio de lo cual prestó en febrero del año 1032 en Merseburgo juramento de fidelidad feudal al monarca alemán. La guerra civil que estalló despues de su muerte (1034) condenó á Polonia á completa impotencia y libró á Alemania de todo temor por este lado. Pocos meses despues del juramento de Miecislao, es decir, en setiembre del año 1032, falleció el rey Rodulfo III de Borgoña, instituyendo por heredero suyo á Conrado, en cumplimiento del juramento prestado. Cierto que el partido nacional, compuesto de eclesiásticos y de laicos que no querian perder bajo el gobierno severo de Conrado la independencia adquirida durante los reinados de los débiles monarcas de la extinguida dinastía, se rebeló y proclamó rey al conde Odo de Champaña; pero los triunfos que en un principio alcanzó no duraron mucho tiempo, pues Odo, amenazado de una parte por la hostilidad del rey Enrique I de Francia y de otra por los magnates de Italia que permanecian fieles á Conrado, sucumbió ante el poder del soberano alemán, que fué desde luego reconocido en la porcion alemana de Borgoña y elegido y coronado rey en Ueberlingen, junto al lago de Constanza, en 2 de febrero del año 1033. Cuando Conrado, en 1034, penetró en la Borgoña romana, protegido desde Italia por un ejército que mandaban Ariberto de Milan y el marqués Bonifacio de Tuscia, Odo de Champaña renunció muy pronto al trono y se sometió, y el día 1.º de agosto del mismo año, ciñó Conrado en Ginebra la corona de este reino últimamente conquistado, donde pronto cesaron las últimas tentativas de resistencia. Esta tranquila adquisicion era de suma importancia: el éxito conseguido, y sobre todo la manera de lograrlo, robustecieron la situacion

de la casa sálica en Alemania, pues el haberse adquirido por derecho de herencia la corona borgoñona dió mayor fuerza al derecho hereditario en Alemania. Además la soberanía alemana en Italia estaba asegurada, desde el momento en que este país se veia cercado al Oeste por un territorio dependiente de Alemania por el cual podia cómodamente llegarse á él. Por lo mismo que la Borgoña se extendia entre Francia é Italia, la adquisicion de las comarcas borgoñonas destruyó en Italia toda influencia francesa, de suerte que desde aquel momento apenas fueron posibles empresas como la de Guillermo de Aquitania. La Borgoña pudo darse por satisfecha con este cambio ocurrido en su suerte, pues con él se puso término á la bárbara conducta de los indómitos magnates, que desgarraban el país, y la Iglesia, que tanto habia sufrido con aquel estado de cosas, se unió agradecida á su nuevo poderoso protector y procuró atender á su bienestar y seguridad robusteciendo el poder real. Pronto ejerció la Iglesia otra clase de influencia sobre Alemania: la Borgoña era la patria de los cluniacenses y el clero borgoñon se sentia poseído de un gran celo por las reformas, de suerte que los pocos partidarios que hasta entonces habia tenido Clugny entre los obispos alemanes, lograron poderosos aliados y se animaron redoblando sus esfuerzos para conseguir aquello que, mientras subsistieran las ideas laicas de Conrado II, no podia esperarse de la autoridad real.

Diez años habian bastado para fortalecer, completar y ampliar los vacilantes fundamentos sobre que descansaba el imperio y asentar sobre ellos un edificio que en brillo exterior, en esplendor ideal, por no decir fantástico, tuvo mucha semejanza con el imperio de los Otones y aun llegó á sobrepujarle en solidez de cimientos, en trabazon de las partes y en regularidad y armonía interior entre ellas. Al propio tiempo, la constitucion del imperio habia sufrido una modificacion importante. Con los progresos hechos por el feudalismo, se habia restringido cada vez el círculo del dominio directo del rey; al mismo tiempo, los propietarios de los grandes feudos del imperio que, protegidos por la antigua organizacion de razas, habian conservado cierta independencia, formularon sus pretensiones sobre las clases feudales inferiores, exigiendo que estas no pudiesen dirigirse al rey mas que por mediacion suya, y castigaron á los que á esta exigencia se oponian arrebatándoles muchas veces los feudos. De esta suerte, los vasallos de las últimas clases se veian obligados, en caso de un conflicto entre su señor y el rey, á permanecer fieles al señor por no perder sus feudos. Este estado de cosas sufrió un cambio radical, como lo demuestra el hecho de haberse negado los condes suabos á apoyar al duque Ernesto en su contienda con el rey, es decir, con el protector de su libertad, fundándose en la fidelidad que le debian. Conrado suprimió el carácter hereditario de los grandes feudos del imperio, que de hecho existia y que tantos perjuicios causaba á la monarquía, al mismo tiempo que conservó el derecho de herencia sobre los feudos que de él dependian, ya en virtud de la práctica, ya, como en Italia, en fuerza de una ley. Los intereses de la alta nobleza quedaron así íntimamente ligados con los de la monarquía, y esta clase numerosa, inteligente y propia para la guerra no pudo ya atender á su bienestar de un modo mejor que uniéndose estrechamente al jefe del imperio. De esta suerte los círculos que hasta entonces habian ofrecido el principal apoyo contra el monarca á los poseedores de grandes feudos, quedaron desligados de tal compromiso, y no solo se pusieron á disposicion de la monarquía sino que fueron sus mas leales y adictos aliados. Podria muy bien ser que Conrado procediera de este modo, atendiendo á las consecuencias que el carácter hereditario de los feudos que de él dependian necesariamente debia producir para la

corona, que á la cima del sistema feudal se encontraba, y que naturalmente habian de conducir á una monarquía tambien hereditaria. En efecto, el primer salio, mas decidido, mas convencido del fin que se proponia, trabajó por hacer hereditaria la corona y parece que sus esfuerzos fueron muy bien recibidos; porque se habia consentido en la designacion de su hijo, el cual, sin ser elegido ni coronado, estaba ya considerado como futuro rey, de manera que la eleccion y la coronacion que siguieron despues, mas que como un acto político generador de un nuevo derecho podia considerarse como una formalidad para el reconocimiento de un derecho ya existente. De esta situacion á la monarquía y al imperio hereditarios no habia mas que un paso; pero como en esta importante cuestion los intereses de la monarquía eran opuestos á los de los poseedores de grandes feudos imperiales, preciso fué defender la corona hereditaria contra todo ataque que por este lado pudiera serle dirigido. Ya no era posible, como habia intentado hacerlo Oton I, convertir á los duques en una especie de funcionarios del imperio; por esto Conrado, con su decision acostumbrada y atendiendo solo al fin que se proponia, procuró conseguir una transformacion asimilando los ducados á la monarquía, á cuyo objeto proclamó duque en los territorios vacantes al heredero reconocido de la corona. Ya en 1027 se habia dado el primer paso para esto, pues en aquella fecha Enrique, que era menor de edad, fué proclamado duque del territorio vacante de Baviera, á instancias de Conrado y por eleccion de los magnates. Cuando en 1038 quedó vacante el ducado de Suabia, por fallecimiento sin sucesion de su segundo hijastro Hermann, Conrado cedió asimismo aquel ducado á su presunto heredero. Despues de la muerte de Conrado el jóven (1039), obtuvo tambien el rey el ducado de Carintia; de suerte que al final del reinado de Conrado II todos los ducados estaban en manos de su hijo, á excepcion de los de Sajonia y Lorena, y en la persona y en la posicion del jóven rey desaparecieron todos los antagonismos que, fundados en la division de razas, tantas veces habian puesto en peligro la paz del imperio y la soberanía real, bajo la influencia de las tendencias particularistas políticas y personales de aquella division nacidas. Precisamente los factores de poder que con sus ataques á la monarquía habian producido crisis peligrosísimas para el imperio, estaban entonces á la disposicion de la monarquía. Además la nobleza baja, que en dichas crisis habia tomado parte vacilando entre la monarquía y los ducados, estaba ya unida por fuertes lazos á la primera y encontraba en su mayor prestigio la mas firme garantía de su propio bienestar. Conrado no necesitaba ya, como sus antecesores sajones, el apoyo y la adhesion del episcopado, y quizás á esto debe atribuirse el carácter anticlerical que, en contraposicion al gobierno de los Otones y de Enrique II, caracterizó al de este emperador, el cual presenciaba indiferente las corrientes espirituales que influian en la Iglesia de su tiempo y veia impasible la grave lucha en que se enredaban los cluniacenses y sus sectarios para conseguir una restauracion moral del clero. Sin privarles de la influencia de que gozaban en tiempo de la casa sajona, sin recompensar con honores y riquezas, como habia hecho Oton I, la sumision que le prestaban, tenia bajo estrecha dependencia á la Iglesia con sus servidores, caudales y otros recursos, y los hacia contribuir, sin consideracion alguna, á las cargas del Estado. Para poder disponer con toda libertad de los bienes de la Iglesia ejercia de un modo ilimitadamente arbitrario el derecho de nombrar los obispos, confiriendo obispados á sus parientes é íntimos, sin consideracion alguna á los intereses de la Iglesia. Tampoco tuvo reparo en proporcionarse, á cambio de estos nombramientos, determinadas ventajas, con lo cual se hizo cul-